

Frauke Gewecke\*

## ➤ Introducción

La frontera político-territorial entre México y los Estados Unidos constituye, por de pronto, una línea convencional (*border*), que define y resguarda, según el ensayo clásico de Fredrik Barth (1969), la identidad de un grupo (étnico), según la fórmula famosa de la chicana Gloria Anzaldúa, “*una herida abierta where the Third World grates against the first and bleeds*” (1999: 25). Los chicanos, empero, perciben la frontera ante todo como *borderlands*, “zona de contacto” dinámica: el “third space” de Homi Bhabha y, para Gloria Anzaldúa, la morada de la *New Mestiza*, dotada de una identidad plural e híbrida. El tópico de la frontera en cuanto *border* y *borderlands*, desprendido de su vínculo territorial originario, tuvo una resonancia inmensa como categoría analítica, como apunta Diana Palaversich, llegando “a epitomizar un espacio liminal por excelencia de la condición postmoderna” (2002: 54), y tampoco para la mayoría de los críticos chicanos tiene ya una dimensión territorial vinculada a un espacio material-físico concreto. Para quienes viven la frontera del lado mexicano, en cambio, ella es justamente eso: en cuanto *frontera-límite* territorial una barrera que, a pesar de múltiples intercambios, separa, y en cuanto *frontera-espacio* un área que se extiende (en una extensión vagamente delimitada) hacia el sur, espacio de conflictos, que tiene poco en común con los *borderlands* de Anzaldúa y que no tiende, precisamente, a esa síntesis que proclama la autora chicana, “a third element which is greater than the sum of its severed parts” (1999: 101-102). Por consiguiente, los nortños rechazan en gran parte el paradigma de la “hibridación”, que según el tijuanaense Heriberto Yépez sería un concepto gastado y —a consecuencia de la inmensa repercusión que tuvo el ensayo *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad* (1990) de Néstor García Canclini— “refriteado hasta el cansancio” (2005: 11); sería, además, un concepto que se debe a un “posmodernismo despolitizante” (13) y que encubre, a través de la “mistificación” del “happy híbrido” (11), las asimetrías fundamentales de la frontera. Según Yépez —y aquí le siguen los trabajos críticos más contundentes a la par que la mayoría de los escritores nortños— la realidad vivida en el lado mexicano de la frontera “no se define por su fusión sino por su fisión” (19), configurando un espacio y territorio en el que prevalece como fenómeno diario la violencia en todas sus manifestaciones.

Desde la época colonial, el Norte ha sido escenario de conflictos disputados de modo violento: primero entre los colonos españoles y la población indígena; luego, a conse-

---

\* Frauke Gewecke, coeditora de *Iberoamericana*, es profesora (emérita) de Literaturas Románicas de la Universidad de Heidelberg. Sus campos de investigación son las culturas latinoamericanas, particularmente las del Caribe (hispano y francófono), así como las de México y de los Latinos en Estados Unidos.

cuencia de la anexión de aproximadamente la mitad del territorio mexicano por parte de los Estados Unidos en 1848, entre los mexicanos residentes al norte de la frontera ahora desplazada hacia el sur y los Texas Rangers, los “pinches rinches” de los innumerables corridos fronterizos. Tan sólo hacia finales del siglo XIX se intensificaron los contactos pacíficos entre los dos lados de la frontera, seguidos por un fuerte crecimiento demográfico y la fundación de numerosas “ciudades gemelas”: entre ellas, Tijuana con San Diego entre Baja California y California, Ciudad Juárez con El Paso entre los estados de Chihuahua y Texas, Matamoros en el estado de Tamaulipas con Brownsville en Texas. Estas ciudades experimentaron un primer auge económico a partir de la década de 1920 y a consecuencia de la “Ley seca” en Estados Unidos, que provocó la afluencia masiva de norteamericanos al sinnúmero de casinos, bares y burdeles establecidos a lo largo de la frontera en lugares sin ley ni orden y reducidos, como en el caso particularmente célebre de Tijuana, a una sola función: la de “patio trasero para el desenfreno moral” (Félix Berumen 2003: 62), válvula de escape “for American Puritanism” (Cota-Torres 2007: 59).

Cuando a partir de los años sesenta el gobierno central dio inicio al “Programa de industrialización fronterizo”, la Frontera Norte experimentó un despegue económico inédito, basado en las maquiladoras de exportación y, desde el inicio del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN/NAFTA), también en el comercio (legal e ilegal). El auge económico tuvo como consecuencia la afluencia masiva de migrantes desde el interior y el sur del país, los cuales engrosaron el número de personas, de por sí incalculable, que acuden a la frontera para “dar el salto” hacia el *american dream*. Pese a la vigilancia que los Estados Unidos ejercen a lo largo de los 3.100 kilómetros de la línea internacional, intensificada mediante dispositivos de alta tecnología y una forzada militarización, diariamente miles de mexicanos —según cálculos aproximativos un millón al año— intentan cruzar de modo ilegal. Muchos tienen éxito; la mayoría es aprehendida por la Patrulla Fronteriza, la temida y odiada *migra*, y regresada a México, para volver a hacer el intento al día siguiente; y no pocos —entre 400 y 500 personas al año— perecen: ahogados en el Río Bravo (o Río Grande), extraviados y muertos de insolación y sed en los desiertos de Sonora y Chihuahua, o víctimas de los *coyotes* o *polleros*, que les exigen altas sumas de dinero y que en no pocos casos les roban sus escasas pertenencias.

Los que regresan o se han quedado allí desde el principio intentan instalarse en *maquilandia* para sobrevivir, muchos sin trabajo o mal pagados, la mayoría bajo la línea de pobreza, en colonias marginadas, sin ningún tipo de infraestructura, y contaminadas. Esas condiciones han provocado un clima de violencia, ante todo en las grandes ciudades colindantes con la frontera, escenario reñido, cuyo control se disputan diversos carteles del crimen organizado y otras bandas dedicadas tanto al narcotráfico como a secuestros y otros actos de extorsión. Las autoridades políticas y las fuerzas de seguridad, por regla general corruptas, resultan ser ineptas o no están dispuestas a hacer valer el monopolio estatal de la violencia. Entretanto, a la acción brutal y despiadada por parte de los carteles se ha sumado la actuación represiva y violenta por parte de las tropas militares, que el presidente Felipe Calderón desplegó a través del país en su “guerra a muerte” contra el narcotráfico.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Desde que Calderón inició su mandato en diciembre de 2006 y hasta diciembre de 2011, la cifra de muertos vinculados al narcotráfico ha llegado, según estadísticas oficiales dadas a conocer en enero de

Pero el área de la Frontera Norte es, a la vez, un amplio escenario de producción y promoción cultural, fértil e innovador, que ha generado el fenómeno de una cultura regional particular. Para la literatura se puede constatar que a partir de la década de 1980 surgió una pléyade de escritores y escritoras, que destacan ante todo en los géneros del cuento y de la novela y que, a pesar de múltiples diferencias, tienen un punto en común: a diferencia de autores como Carlos Fuentes, Taibo II o (el español) Arturo Pérez-Reverte, que ubicaron la acción de alguna de sus novelas en el entorno fronterizo escribiendo *desde* el centro, ellos escriben *desde* la misma frontera, y con ello, desde los márgenes. La dinámica de los procesos culturales involucra no pocas influencias norteamericanas, particularmente en la cultura popular; pero su “autenticidad” como cultura “territorializada”, mexicana, no es cuestionada por parte de los norteños, que conciben sus prácticas culturales como una forma de resistencia, caracterizada “por sus posiciones antihegemónicas y anticolonializantes” (Valenzuela Arce 2003: 59) y dirigida a la vez contra el centro, que les imputa un proceso acelerado de “desnacionalización”, y contra “la frontera”, lo que significaría “both a subtle although at times defiant stance in defence of that region as well as physical proximity to the Mexico-U.S. border” (Villalobos 2007: 38).

Los trabajos que componen este dossier plantean distintas perspectivas sobre la Frontera Norte, unas desde el lado mexicano, otras desde “el norte”, desarrollando “lo fronterizo” unas veces como *border* o frontera-límite y otras veces como *borderlands* o frontera-espacio. En la primera contribución, “Baja California: literatura y frontera”, Gabriel Trujillo Muñoz, él mismo un destacado poeta, cuentista y novelista bajacaliforniano, presenta un panorama de conjunto de la literatura norteña, donde la construcción de “lo fronterizo” ya no se limita a visualizar un “espacio-puente”, lugar de paso en el proceso migratorio, sino que abarca un espacio geográfico-cultural creado a partir de la experiencia diaria de los que viven en y escriben desde la frontera. El autor se centra en la dinámica regional que a partir de los años ochenta llevó a un auge literario sin precedentes, con un particular enfoque en los más jóvenes y en la literatura de Baja California, la región norteña más prolífica en términos de producción y promoción cultural, que se convirtió en una “trinchera”, un espacio cultural “alterno” frente al centro del país.

Diana Palaversich, en “Ciudades invisibles. Tijuana en la obra de Federico Campbell, Luis Humberto Crosthwaite, Francisco Morales y Heriberto Yépez”, se centra en cuatro autores tijuanaenses, cada uno de los cuales crea un imaginario particular sobre Tijuana, ciudad que la autora señala como “una de las más vilificadas y metafóricas en América Latina”. Así, en los cuentos y novelas cortas, la Tijuana del pasado se reconstruye desde la perspectiva de la clase media, como “ciudad de ausencias y recuerdos”, palimpsesto de épocas superpuestas y recordadas con un gesto nostálgico (Campbell) o desde la perspectiva de las clases populares, en el territorio marginado de la cultura chola (Crosthwaite), mientras que en los poemas de Francisco Morales, la visión de una siempre cambiante y polifacética Tijuana refleja para el (in)migrante el proceso de territorialización y apropiación del espacio como lugar de pertenencia. Para Yépez, en cambio, la Tijuana (Ciudad de Paso, en su novela) del nuevo milenio se presenta como un lugar

---

2012, a la suma de 47.453. Sin embargo, el conteo periodístico para el actual sexenio llega a la cifra de 55.671 homicidios vinculados con la “guerra a muerte” del presidente. Ver el periódico *La Jornada*, en su edición del 12 de enero de 2012.

posapocalíptico y “posnarco”: ciudad anestesiada, como el país, por la droga, ciudad infernal y desmemoriada. Esta visión deconstruye la imagen propagada por Néstor García Canclini (y otros) de Tijuana como “laboratorio de la posmodernidad”.

“De espacios, fronteras, territorios: topografías literarias de la Frontera Norte”, mi propia contribución, analiza la topografía codificada a través de la percepción, representación y negociación del espacio social apropiado, por parte de los protagonistas, en textos narrativos particularmente representativos. Son enfocados sucesivamente tres “espacios de representación” (Lefebvre): el mundo rural, que es delineado como espacio identitario y “medio de memoria” (Nora), donde la frontera funge como principio de inclusión en un territorio propio; la ciudad fronteriza, otra vez Tijuana, percibida –y rechazada– desde la perspectiva campesina (y desde el sur del país) en cuanto espacio de la diferencia y del Otro; y finalmente, la frontera como área o zona fronteriza, que abarca, en los textos seleccionados, el espacio transnacional entre Tijuana y San Diego. Se debate aquí una cuestión que luego será tratada, con más detenimiento y principalmente desde otra perspectiva, en la contribución de Francisco A. Lomelí: la percepción de la *línea* como frontera-límite que separa, en oposición a la percepción como *transfrontera*, que crearía, en las llamadas “ciudades gemelas”, una continuidad –y comunidad– en cuanto “metrópolis transfronterizas” o *postborder cities*.

Francisco A. Lomelí, en “La frontera entre México y Estados Unidos: transgresiones y convergencias en textos fronterizos”, se acerca a la frontera desde “el norte”, apoyándose en una gran cantidad de escritores y escritoras, en su mayoría chicanos o *Mexican Americans*, entre ellos autores consagrados como Miguel Méndez y Gloria Anzaldúa, o controvertidos como Guillermo Gómez-Peña, junto con otros, también mexicanos. Indaga textos “endógenos”, moldeados por el espacio transfronterizo, que a partir del flujo migratorio ininterrumpido se extiende (hacia el norte) en un territorio también ininterrumpido, sosteniéndose el contacto constante con el “otro lado”, mexicano. La frontera se revela como “de doble filo”: por un lado genera multitud de elementos diferenciadores, divergencias que separan; por el otro, es lugar de convergencias y confluencias, y de transgresión continua. Resulta particularmente revelador comparar la percepción de la espacialidad (trans)fronteriza privilegiada por parte de los chicanos con la que patentizan los textos norteños mexicanos, presentados tanto por el mismo autor como en el trabajo anterior.

En la última contribución, “La Frontera como forma de experiencia cotidiana en la espacialidad post-social”, de Juan Poblete, la frontera “viaja” hacia el norte, creando nuevos espacios de “fronterización” en el interior de la sociedad estadounidense, más allá de la frontera geopolítica, pero relacionados con ella. Son dinámicas espaciales y subjetivantes análogas a las de la frontera, que en tiempos de la globalización neoliberal “post-social” y a partir de la movilización diferencial del miedo y la inseguridad se reproducen en el ámbito de la vida cotidiana de los migrantes. El autor presenta varios casos de esta fronterización de lo cotidiano: la invisibilización del migrante a partir de la película *Un día sin mexicanos/A Day Without a Mexican* (2004, Sergio Arau); y dos espacios microsociales como lugares de fronterización: la esquina urbana como espacio laboral informal, donde son contratados los llamados *day laborers*, y el restaurante, donde el otro étnico y migrante es relegado a la parte de atrás, lugares que obedecen a una dinámica de visibilización/invisibilización como expresión de una fronterización racializada.

---

**Bibliografía**

- Anzaldúa, Gloria (2009): *Borderlands/La Frontera. The New Mestiza*. San Francisco: Aunt Lute Books.
- Barth, Fredrik (1969): "Introduction". En: Barth, Fredrik (ed.): *Ethnic Groups and Boundaries. The Social Organization of Culture Difference*. Bergen/Oslo/London: Universitetsforlaget, pp. 1-31.
- Cota-Torres, Édgar (2007): "Dispelling the Border Myth: Zonkey Writers and the Black Legend". En: Manazas, Ana M<sup>a</sup> (ed.): *Border Transits. Literature and Culture across the Line*. Amsterdam/New York: Rodopi, pp. 53-60.
- Félix Berumen, Humberto (2003): *Tijuana la horrible. Entre la historia y el mito*. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte/Librería El Día.
- Palaversich, Diana (2002): "Espacios y contra-espacios en la narrativa de Eduardo Antonio Parra". En: *Texto Crítico*, 6, 11, pp. 53-74.
- Valenzuela Arce, José Manuel (2003): "Centralidad de las fronteras. Procesos socioculturales en la frontera México-Estados Unidos". En: Valenzuela Arce, José Manuel (coord.): *Por las fronteras del norte. Una aproximación cultural a la frontera México-Estados Unidos*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Fondo de Cultura Económica, pp. 33-67.
- Villalobos, José Pablo (2007): "Up against the Border: A Literary Response". En: Manazas, Ana M<sup>a</sup> (ed.): *Border Transits. Literature and Culture across the Line*. Amsterdam/New York: Rodopi, pp. 35-52.
- Yépez, Heriberto (2005): *Made in Tijuana*. Mexicali: Instituto de Cultura de Baja California.